

ción, tanto en las proposiciones generales como en las particulares, y últimamente la manera de convertir las proposiciones. A esto se añade la teoría del análisis en cuanto se refiere al enlace de los dos juicios, á la subordinación y á la concisión de las proposiciones.

» Sin enredarnos en este laberinto, pasarémos en seguida á los Tópicos. Con este título nos han quedado ocho libros: Ciceron hizo algunos extractos de ellos para uso del orador, y en lo sucesivo los Tópicos llegaron á ser una parte esencial de la enseñanza de la elocuencia. El filósofo griego no trataba simplemente del orador, siendo su principal objeto formar un buen dialéctico. Ciceron no pudo servirse mas que de algunos fragmentos para indicar de dónde debe sacar el orador sus demostraciones (1), y se limitó principalmente á manifestar por qué Aristóteles dió este título á su obra; despues, sin descender á las particularidades, pasó á otros tratados que versan sobre asuntos análogos á estos métodos de demostración (2); habló de definiciones, de divisiones, de distinciones, de comparaciones, etc., viniendo siempre á parar á lo que podia ser útil al orador romano en los tribunales. El que haya leído á Ciceron, puede formarse una idea del método de Aristóteles, el cual trataba las materias con mucha mas extensión, las acomodaba á la enseñanza de toda clase de oradores y principalmente de filósofos, y las presentaba bajo todos los aspectos que podian ofrecer.

» De sus libros sobre el arte oratoria propiamente dicha y sobre la ciencia del hombre de Estado, no tenemos mas que fragmentos semejantes á los de la historia natural; mas el catálogo de Diógenes Laercio manifiesta que fueron muchos. Citaremos los tres libros de la *elocuencia*, en los que se encuentra recopilado todo lo que la antigüedad exigía del orador, y se presentan las reglas de la oratoria, expuestas con tanta mas claridad cuanto que Aristóteles conserva en esta obra el tono natural y didáctico que en todas las suyas, sin dejar que la declamación le aparte de su objeto, mientras que Ciceron y Quintiliano se muestran retóricos en donde nosotros solo necesitamos un guía. El pequeño tratado de *Retórica* dirigido á Alejandro casi no contiene mas que definiciones y explicaciones de palabras técnicas: en general es tan escaso de teorías que no podemos atribuirsele á Aristóteles, idea que nos confirma

(1) Cap. 3: « Ducuntur etiam argumenta ex iis rebus, quæ quodammodo affecte sunt ad id, de quo quaritur. Sed hoc genus in plures partes distributum est; nam alia conjugata appellamus, alia ex genero, alia ex formula, alia ex similitudine, alia ex antecedentibus, alia ex repugnantibus, alia ex causis, alia ex effectis, alia ex comparatione majorum, aut parium, aut minorum. » Ciceron pasa en seguida á los ejemplos particulares y enseña á los oradores el modo de aplicar las reglas filosóficas ante los tribunales romanos, tomando los ejemplos en el derecho civil y en el foro.

(2) Cap. 4: « His igitur locis, qui sunt expositi, ad omne argumentum reperendam, tamquam elementis quibusdam, significatio et demonstratio datur. Utrum igitur haecenus satis est tibi quidem tam acuto, et tam occupato, puto. »

mas el texto de la carta que le acompaña; tal vez alguno de los discípulos de su escuela habrá reunido en él algunas proposiciones y fragmentos de su maestro.

» Ciertamente hemos perdido la obra mas importante de Aristóteles, cual era aquella en que hablaba de casi todas las constituciones de los pueblos, y en la que, segun dice Ciceron, se encontraba la pintura de las costumbres ó instituciones de todos ellos. El autor no se limitaba en este escrito á los Griegos; pero los antiguos no convienen en el número de las constituciones, cuyo análisis presentaba. Ammonio hizo subir dicho número á doscientas cincuenta, si bien añade una advertencia que manifiesta cuán poca fe merece, pues dice que Aristóteles habia reunido aquellas noticias siguiendo la expedición de Alejandro. La indicación mas verosímil es la de Diógenes Laercio (1) que habla de ciento cincuenta y ocho.

» Aristóteles no creó en su *República* una ciudad ideal, como hizo Platon, ni sujetó las cosas humanas á los principios de la razón abstracta; antes por el contrario, confirmó su teoría con ejemplos tomados de los Estados existentes. El primer libro es una especie de introducción sobre el objeto de la sociedad y sobre las relaciones que forman su base, que proceden á su formación, ó que la conservan, como las que existen entre el amo y el esclavo, el marido y la mujer, y los padres y los hijos. Los primeros capítulos del libro segundo se dirigen principalmente contra la *República* y las *Leyes* de Platon, combatiendo primeramente el sistema ideal de este filósofo y tratando despues de determinar con la experiencia de la historia las varias formas de gobierno y las causas de degeneración de todos ellos. A continuación trata de su decadencia, indica los medios de conservarlos, y solo al fin del tratado muestra de qué modo sería necesario formar un Estado conforme á las reglas de la razón y de la experiencia. Mas no advierte que Platon queria para su república unos hombres muy diversos de aquellos para quienes está escrita la *Política*. Toda la teoría de Aristóteles se funda en datos positivos y solo se atiene á lo que existe, explicándolo todo y refiriéndolo á las leyes fundamentales de su esencia.

» Las constituciones que entonces pasaban por mejores eran las aristocráticas de Esparta, Creta y Cartago, y la democrática de Atenas. El autor las examina separadamente y señala sus vicios y causas de degeneración para enseñar al estadista los medios de aproximarse todo lo posible á la perfección. En Cartago le desagradó principalmente la aristocracia de las riquezas, la acumulación de empleos en una misma persona y la necesidad de enviar de tiempo en tiempo colonias á otros países para evitar las turbulencias interiores (2). Á Atenas la trata con

(1) V. FABRICIO, *Bibl. græca*, vol. III, pág. 400 á 403.

(2) *Política*, II.

mas consideración y no censura á Solon sino valiéndose de palabras de otros (1).

» En el libro tercero define el Estado, partiendo de la idea que debemos formarnos del ciudadano. Limita este título al hombre capaz de ejercer el poder, por lo que podrá existir un Estado donde quiera que haya ciudadanos bastantes para satisfacer todas las necesidades de la vida y defenderse (2). Pregunta si pueden contarse entre los ciudadanos los que no ejercen profesiones nobles (3), y opina que esta cuestión no se puede resolver de un modo absoluto por ser imposible que haya entre los hombres una igualdad completa de consideración y mérito, y que habrá siempre distinción entre los gobernados, porque siendo varias las constituciones, sucederá que en la una se contará entre los ciudadanos al artesano y en la otra no (4); despues de esto asigna á cada especie de constitución el puesto que debe tener, dividiéndolas en tres clases, segun que el gobierno está en manos de uno solo, ó de muchos, ó de algunos solamente, y esto es cuando dichos individuos atienden al interés de todos, pues si por el contrario no miran al bien general, resultarán otras tres especies de gobierno, que serán como una degeneración de las tres primeras (5). Aquí, pues, se hace distinción entre la monarquía, la aristocracia y la igualdad de los ciudadanos, únicas constituciones verdaderas, de las cuales son alteraciones el despotismo, la oligarquía y la democracia. El resto del libro tercero presenta ejemplos, aplica estos principios á algunos Estados en particular, y enseña á encaminar estos á su fin real. El objeto del cuarto es exponer los medios de obtener para cada una de estas constituciones el estado mas perfecto á que pueden llegar, y principalmente de impedir las que degeneren. Entre las tres especies le parecia la mejor aquella en que el mérito da la preeminencia, y no aquella que hace prevalecer el nacimiento, ni en la que muchos ciudadanos tienen parte en el manejo de los negocios, ni en la que todos, como en la democracia.

» Esta obra es preciosísima para la historia, porque Aristóteles indica perfectamente las instituciones de la ciudades griegas y aun de algunas otras de las que no se sabe nada ó muy poco, y muchas veces explica las causas de estas instituciones. Al exponer las relaciones de la política con la moral, hace la observación juiciosa de que es menester no proponerse un fin ideal, ni creer que todos los hombres reúnen las virtudes de algunos ó un grado de instrucción que estos deben á disposiciones particulares; en fin, quiere que no se exija sino lo que es posible á muchos y lo que puede servir de regla al mayor número de Estados.

(1) Libro II, cap. 9.

(2) Πόλις δὲ τὸ τῶν τοιοῦτων πλῆθος, ἑκαστὸν πρὸς αὐτάρχειαν ζωῆς.

(3) Βαρύσους.

(4) *Política*, III.

(5) *Política*, III.

» En los primeros capítulos del libro quinto indica las causas generales de las revoluciones, y de aquí pasa á hablar de las diversas constituciones y á examinar muy particularmente los medios de evitar la decadencia de la democracia, causada las mas veces por la corrupción de los demagogos. Segun él, la oligarquía está sujeta á dos vicios que la hacen degenerar: el primero tiene lugar cuando los hombres que gobiernan maltratan al pueblo, con lo que es fácil á cualquiera ponerse al frente de la multitud, y el segundo cuando la división ó la desigualdad se introducen entre los oligarcas y uno de ellos se pone á la cabeza del pueblo para derribar á los demas. La aristocracia se ve afligida con turbulencias cuando son muchos los que ejercen el poder, y estos ofenden á los poderosos, ó cuando se excluye de los honores á un ciudadano de carácter enérgico y vigoroso. Pero lo que mas perturba á los Estados libres y á la aristocracia, es el apartarse, aunque sea poco, del derecho y de las leyes. La monarquía, segun Aristóteles, está próxima á la aristocracia; mas el despotismo es un compuesto de oligarquía y democracia, de donde resulta que es el mas malo de los gobiernos para los que obedecen, pues reúne los males de la una y de la otra. La dignidad real, dice nuestro filósofo, se instituyó para ofrecer un auxilio á los buenos contra los malos (1), por esto se elige el rey entre los buenos, ya porque se distinga por las dotes de su alma, ya porque haya dado pruebas de magnanimidad con acciones heroicas, ó ya porque pertenezca á una familia que se haya hecho notable muchas veces. El déspota por el contrario es un hombre que opone la multitud á los mas nobles y generosos ciudadanos para que estos no la sirvan de embarazo. La historia lo confirma, pues todos los déspotas griegos empezaron por ser demagogos y obtuvieron el mando sembrando la desconfianza entre los aristócratas.

» Por lo demas Aristóteles no entiende la monarquía en el sentido que nosotros, é ignora nuestra distribución de poderes en legislativo, administrativo y judicial, por lo que entre las causas de decadencia que indica, una sola es aplicable á nuestra edad. Las monarquías, dice él, perecen de dos modos: el primero cuando los que tienen parte en el poder real se dividen, y el segundo cuando su administración se aproxima al despotismo, y sin respetar las leyes, se abrogan un excesivo poder. Cuanto mas templadas son las monarquías, son mas duraderas, porque el soberano que sea ménos arbitrario y ménos soberbio, excitará ménos el odio. Aristóteles indica sin aspereza y de un modo digno de su objeto filosófico la esencia del gobierno despótico, y final-

(1) *Política*, V: Η μὲν γὰρ Βασιλεία πρὸς Βοήθειαν τῆν ἀπὸ τοῦ δήμου τοῖς ἐπιεικῶσι γέγονε καὶ καθίσταται βασιλεύς ἐκ τῶν ἐπιεικῶν κατ' ὑπεροχὴν ἀρετῆς ἢ πράξεων τῶν ἀπὸ τῆς ἀρετῆς, ἢ καὶ ὑπεροχὴν τοιοῦτον γένους.

mente enseña de qué manera podrá sostenerse el tirano. Mas quien compare este escrito con el *Príncipe* de Maquiavelo se convencerá de que los autores de ambas obras tuvieron miras opuestas. Maquiavelo es un republicano; todos los príncipes son usurpadores según él, y su época era un tiempo de astucias, de robos, de violencias y de agresiones, por lo cual enseña con toda seriedad a mantener y practicar el sistema que había llegado a ser dominante. Aristóteles por el contrario propende hacia la monarquía, y pinta con colores bastante feos el origen, duración y medios con que se conserva el despotismo para inspirar horror hacia él. Algunas proposiciones tomadas al caso harán ver que Aristóteles, si bien es menos poético en su estilo que Platon, no tiene menos energía para vituperar el abuso del poder. Los pensamientos del déspota, según aquel, se reducen a tres cosas, a saber: sembrar desconfianza entre los ciudadanos, ponerlos en situación de no poder hacer nada, é insinuar en ellos pensamientos bajos y serviles: la falsedad y el disimulo le son mas útiles que las virtudes. Si estas no son sus mismas palabras, su sentido es el que resulta de sus preceptos. El alma del tirano se halla pintada con colores tan negros como en el célebre pasaje de Platon, y presentándola a nuestros ojos de un modo anatómico, nos muestra su interior desgarrado y sangriento. La ironía que domina en el capítulo noveno es igualmente mordaz que la de Platon.

» El libro sexto no ofrece mas que suplementos a los dos anteriores. Los sabios que publicaron ó que interpretaron esta obra, no están acordes sobre si sus capítulos son los mismos que escribió Aristóteles, ó si no son mas que fragmentos. En los libros sétimo y octavo es donde únicamente trata el punto de que tan solo habló Platon; en ellos es, pues, donde figura una república. Al principio se pregunta cuál es el fin de la vida del hombre y por qué medios puede conseguirle, lo cual forma el objeto de su tratado de moral y por lo mismo basta aquí indicar su resumen por capítulos. En el primero del libro sétimo pone por fundamento de la felicidad del hombre su dignidad y valor intrínseco, y sin divagar como Platon y Pitágoras, nos recuerda nuestro alto destino. En el capítulo segundo nos hace ver que los Estados marchan como los hombres, y que el fin de todas las instituciones no debe ser otro mas que el procurar a todos los ciudadanos, es decir, al Estado y a las familias, una existencia legal y la mayor felicidad posible. Del mismo modo, dice, que la avaricia y la ambición extravían a los hombres, así se vician los Estados obedeciendo a estas pasiones. Las constituciones mas decantadas, como las de Esparta, de Creta y de Cartago é igualmente las de los Tracios, Persas y Celtas se formaron solo con la intención de que estos pueblos consiguiesen dominar todos los países que conquistasen. Los que no

creen fundar su felicidad sino en la manía de adquirir y poseer, pueden concebir fácilmente una constitución tan errónea como las anteriores; pero es mas difícil enseñar a fundar un Estado sobre el principio de que la virtud sea el fin de todos en general y de cada uno en particular. Aristóteles examina primeramente la extensión y disposición del territorio conveniente a su Estado, y no quiere como Platon crear una ciudad perfecta, sino una que sea la mejor entre las que se conocen y en cuanto la naturaleza humana lo permite. Sus pretensiones son moderadas, y examinando las virtudes del Estado como las del ciudadano, quiere para todo lo que tiene relación con ella un justo medio.

» En el capítulo sexto Aristóteles muestra tanta sagacidad al oponer el carácter europeo al de los pueblos de Asia como injusticia en el sistema que quería establecer sobre una oposición semejante. Puede disculpársele cuando habla del comercio de esclavos, en atención a que mostrándose como siempre fiel a sus principios de moderación, rechaza todas sus consecuencias. Despues divide los habitantes de su república en seis clases, a saber: labradores, artesanos, comerciantes, soldados, sacerdotes y jueces. En el capítulo sétimo determina la parte que cada clase debe tener en la administración, de la que excluye a los de profesiones bajas y a los villanos. Al hablar de esto dice que sería conveniente que toda la clase industrial se compusiese de esclavos, ya fuesen del país ó ya extranjeros. Hace subir su división de ciudadanos hasta el tiempo de Sócrates, lo que nos obligaría a creer que no conoció tanto como Platon los males de las castas egipcias. En los capítulos siguientes trata de la situación de la capital, de sus fortificaciones y de sus mercados. En el exámen de la constitución de Esparta se inclina a probar que no puede procurarse a sus ciudadanos la virtud, ni tampoco la felicidad. Desde el capítulo décimocuarto en adelante habla de la educación, de los matrimonios y de los cuidados que deben prestarse a los niños, y desciende a las mas pequeñas particularidades. Permite con la mayor frialdad la destrucción del feto, por no ser homicidio, según él, el matar al que aun no ha respirado.

» Pasando a tratar de la educación, quiere, como Platon y Licurgo, que los hijos sean de toda la república. Examinando la cuestión de si deben ser instruidos para servicio del Estado solamente ó para condiciones particulares, nos ha conservado excelentes pormenores sobre las relaciones de la educación de Esparta con las costumbres públicas y sobre el objeto de la educación entre los Griegos. Desde aquí hasta el fin del libro habla de la música como uno de los medios de formar el corazón del hombre; pero esta parte ha sido muy alterada con el trascurso del tiempo.

Los tratados de moral están por su natura-

leza enlazados con estos y deberian servirles de introducción, como lo indica el filósofo en este lugar y en dos pasajes de su *Política* (1). De los siete libros dirigidos a Eudemon y del *De las virtudes y los vicios* no podemos tratar en esta rápida ojeada: así que pasaremos a hablar del tratado dirigido a Nicomaco, que creemos auténtico, como la mayor parte de los escritores. En este enseña que « la ciencia del gobierno encierra en su primera parte la teoría de la felicidad, de la virtud y de las costumbres que cada uno debe adoptar para llegar a ella. Es la base, el principio de la política, y la llamamos *Ética*, es decir, Moral. » Estas son las mismas palabras de Aristóteles en la introducción de dicho tratado. Despues de esta ciencia viene la que en sentido mas estricto se llama política, a la cual se une la de la hacienda, que no es mas que la economía de las familias aplicada al Estado. Aristóteles en este tratado de moral se ocupa de la división de los conocimientos políticos; despues en el sexto capítulo del libro décimo deja la moral para entrar en la política con una sencilla transición. « Hasta aquí, dice, se ha enseñado qué virtudes conviene adquirir, qué placeres buscar y cuáles huir; ahora se va a hablar de la felicidad, que es el término de todos los esfuerzos humanos. Yo sostengo, añade, que la felicidad no es un hábito ó disposición propia de ninguna criatura, pues si esto fuese cierto, el que estuviera dotado de ello, gozaria de la misma aun durante el sueño y no estaria sujeto a ningun acontecimiento funesto. Pero si la felicidad no es un hábito, sino una especie de actividad, sucederá una de estas dos cosas: ó que esta actividad sea de la esencia del hombre, y entónces no habrá ningun fin exterior; ó que haya un objeto exterior, y entónces no se bastará a sí misma, y por consiguiente no podrá colocarse al lado de la virtud. La virtud y la felicidad deben considerarse como cosas que se buscan por sí mismas y no por un fin extrínseco, siendo esencia de la verdadera felicidad el bastarse a sí misma sin necesidad de otra cosa. La virtud se basta a sí misma cuando no se tiene otro fin que el de ejercitarse en practicarla. Todas las acciones virtuosas se ejecutan de este modo: el que se entrega a la práctica de lo bueno y de lo justo hace una cosa apetecible por sí misma. Lo mismo sucede con los placeres y pasatiempos; pero refiriéndolos a objetos externos, se hace al hombre mas mal que bien, pues pierde a menudo la salud y los haberes. Las ideas que comunmente se forma el hombre de la felicidad extravían a muchos. La mayor parte de aquellos a quienes se tiene por felices, la hacen consistir en la disolución: los déspotas prefieren a los hombres mas diestros en ordenar fiestas. La razón de esto es bien

(1) Lib. VII: Φαμέν δὲ καὶ ἐν τοῖς ἠθικοῖς, εἰσι τῶν λογίων ἐκείνων ὄψελος, εὐεργετῶν εἶναι, καὶ χρῆσιν ἀρετῆς τελείας, ταύτη οὐκ ἐξ ὑποθέσεως, ἀλλὰ ἀπλῶς.

clara: el objeto de nuestros votos será siempre el de nuestros esfuerzos, y el tirano necesita de hombres semejantes para olvidarse de sí mismo. Si en la opinión de la multitud estos placeres procuran la felicidad, es porque se representan siempre como imágenes vivas de esta a los reyes y a los ricos que pasan su vida en los festines. Sin embargo, la cualidad de príncipe no encierra en sí la virtud, ni la capacidad, que produce únicamente en el hombre una noble actividad. Se dirá con mas exactitud que los príncipes se abandonan a los goces del cuerpo, porque no han gustado nunca los nobles deleites de un alma pura y libre: los niños tienen por mejores las cosas que mas apetece. El hombre vulgar es tan diferente del instruido, como el niño del adulto. »

» Aristóteles indica despues los medios de llegar a la felicidad que define, y al fin del libro declara que toda su doctrina sería infructuosa, si no hiciese una aplicación de ella a la vida civil; pero que no se puede hacer esta sino cuando el Estado esté ordenado de modo que ningun hombre impida a otro dirigirse a un fin comun.

» Tambien trató Aristóteles de una tercera ciencia necesaria al hombre de Estado, cual es la economía ó doctrina de la hacienda pública. Dos son los libros que poseemos con este título; mas es imposible que sean suyos. Comunmente se cree apócrifo el segundo y auténtico el primero, apoyándose esta creencia en el testimonio de Diógenes Laercio que conoce solamente un libro de los *Económicos*.

» Los doctos pretenden que no nos quedan mas fragmentos del *Arte política*; pero nosotros no vacilamos en asegurar que este libro ejerció mas influencia en la literatura moderna que en la antigua, aunque Horacio haya seguido los preceptos de Aristóteles. »

(FED. CRISTIANO SCHLOSSER, *Allgemeine Weltgeschichte*, 1830, sección V, cap. I.)

§ 10. HISTORIA NATURAL DE ARISTÓTELES.

« El método de Aristóteles es rigurosamente científico, pero no sistemático, según la acepción moderna de esta palabra, y la historia natural no debía empezar de este modo. Nuestras ideas de géneros, especies y familias no podían haber nacido en una edad en que solo se conocían bien los animales de la Grecia, de la Macedonia, del Asia Menor, de la Sicilia y de las islas del Mar Egeo, y en que apenas se empezaba a conocer los de Egipto, de la Siria y de la India. Esto no impidió a Aristóteles abrazar en su vasta obra la historia del hombre, de los cuadrúpedos, de los reptiles, de las aves, de los peces y de los insectos, no presentando con distinción la historia de cada especie, sino apoyando sus consideraciones generales en observaciones particulares hechas sobre ciertos animales.